

Círculo Rojo

Noche sin estrellas

Noche sin estrellas

Julián Salamanca

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: julio 2022

Depósito legal: AL 1960-2022

ISBN: 978-84-1145-353-0
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Julián Salamanca
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

A todas las madres.

ÍNDICE

PRÓLOGO 11
CAPÍTULO I 13
CAPÍTULO II 45
CAPÍTULO III 63
CAPÍTULO IV 85
CAPÍTULO V 113
CAPÍTULO VI 137
CAPÍTULO VII 155
CAPÍTULO VIII 175
CAPÍTULO IX 195
CAPÍTULO X 215
CAPÍTULO XI 231
CAPÍTULO XII 253
CAPÍTULO XIII 277
CAPÍTULO XIV 295
CAPÍTULO XV 315
CAPÍTULO XVI 339
CAPÍTULO XVII 359
CAPÍTULO XVIII 385
CAPÍTULO XIX 405
CAPÍTULO XX 443
CAPÍTULO XXI 463
CAPÍTULO XXII 485
CAPÍTULO XXIII 521

PRÓLOGO

El autor de la novela de genero histórico *Isabela*, *las líneas del destino* y de *Noche sin estrellas*, distintas entre sí, pero no tan diferentes en cuanto a contenido, ha querido con esta, su nueva novela, sorprender al lector tejiendo una serie de acontecimientos reales e imaginarios que van transcurriendo a lo largo de los años. *Noche sin estrellas* es una novela intimista, emocional, profundamente humana, de amistad, de amor, incertidumbre e intriga, y el resultado de un ir y devenir de personajes que el autor va tomando, dejando y volviendo a tomar en los distintos capítulos del libro. Son las vidas de un grupo de amigos estudiantes que transcurren paralelas durante los años convulsos de 1968 y 1969 del entonces bullir de Madrid. El lector podrá comprobar, a lo largo de la lectura, que el autor establece múltiples relaciones entre los protagonistas de diferentes edades para reforzar el tejido de la unidad de la obra. Los personajes más jóvenes, en la realidad cotidiana de su día a día, se ven abocados a enfrentarse a enfermedades mortales y a una sociedad injusta, donde muchos de ellos terminan detenidos e interrogados en los bajos de la Puerta del Sol, exponiéndose a perder la vida y a las desavenencias de unos padres que no los comprenden ni entienden su actitud beligerante e inconformista, que les lleva a enfrentarse a los poderes fácticos de la dictadura que por aquellos años a su generación le tocó vivir. Entre los variopintos del casi medio centenar de nombres (amantes, policías, asesinos, abogados, jueces) destaca el de la señora Consuelo, con su puesto de lácteos en el mercado de San Antón, lugar donde se daba cita toda aquella noticia, de la índole que fuere, ocurrida en el barrio en torno al paseo Recoletos y al Parque del Retiro, y el de su hija Chelo, especialista en incordiar a Julián, hermano de su amiga Ana María. El de Fidela, portera de la finca del Café Gijón, como también

el de Justina, la criada del segundo, acusada de cometer el crimen más mediático de Madrid, después de los asesinatos cometidos por Jarabo diez años antes. Pero si hay que destacar especialmente alguno, entre los múltiples protagonistas de la novela, por su valentía, entereza y su sed de justicia, es el personaje de Julián y el de sus amigos: Janda, Celia, Gonzalo y demás, que, a través de sus peripecias, sobresaltos y amores, harán que el afortunado lector que se embarque en su lectura, dejando todo de lado hasta que haya llegado al final, irremediablemente recuperará el eterno adolescente que todos llevamos dentro. También es destacable el papel de los personajes que intervienen siendo las madres de aquellos jóvenes inconformistas que acaban de dejar los guateques para enfrentarse a lo que realmente les importaba: la búsqueda de la libertad. Destacando el autor, de modo muy especial y relevante, el papel tan importante de la mujer. De aquellas madres que por entonces tenían que enfrentarse a la educación de sus hijos en aquellos tiempos tan cambiantes, faltos de moral y, por otra parte, de libertad. El personaje más destacado entre todas ellas es el de Valentina, mujer fuerte, sabia y madre de Julián, personaje principal del libro *Noche sin estrellas,* perseguido por secretos y premoniciones maléficas.

Hay novelas que caracterizan una época. No ocurre necesariamente así con todas las obras que consideramos clásicas. Esta tiene la virtud de resultar actual, que va a permitir al lector proyectarse en ella, encontrando respuesta a su propia experiencia. *Noche sin estrellas* es una novela maravillosa y meticulosa, donde el autor construye un argumento magistral con un extraordinario dominio del lenguaje. Llena de esplendor y de trampas secretas, y que cuenta con todo lo que necesita una buena historia que a nadie dejará indiferente: amor, amistad, odio, traición, muerte…

CAPÍTULO I

Mayo, 1968

Aquella mañana de mayo, Julián, el hijo mayor de Valentina Masseda y Antonio Barona, se levantó con los nervios a flor de piel. Y no era para menos, pese a no tener que pasar por el calvario de los temidos exámenes parciales en la Facultad de Ciencias donde estudiaba Químicas. Puesto que ya los había hecho hacía un mes. Sin embargo, para él, aquel lunes trece (antevíspera a la festividad de San Isidro, patrón de la ciudad) no iba a ser un rutinario lunes como los demás, en los que su única preocupación era levantarse temprano, coger sus libros y acudir a la Universidad o al CSIC.

Por supuesto que las notas obtenidas en los exámenes no eran el motivo por lo que estaba nervioso. Dado que, a pesar de dedicar parte de las noches a componer poemas y a imaginar historias que plasmar en la novela que había empezado a escribir, abandonando por completo a sus libros de texto, sus calificaciones fueron mejor que buenas.

Entonces, ¿qué era lo que realmente le inquietaba?

Julián, en aquella mañana, durante el desayuno frente a sus hermanos, no pudo esconder ni reprimir su inexplicable excitación y nerviosismo.

Una vez hubo terminado su aseo personal, pasó a la confortable y no menos amplia y anticuada cocina de la casa. Sobre la mesa circular ya se encontraba listo un reconstituyente desayuno que su madre, con generosidad y abnegación, había preparado mientras ellos se lavaban y vestían para ir al colegio, como así lo venía haciendo el resto de los días

del año, uno tras otro, excepto las mañanas de los domingos y festivos, que el encargado de prepararlo era su padre una vez hervida la leche fresca que el señor Secundino, el lechero del mercado de San Antón, les dejaba a diario y bien temprano en el rellano de la quinta planta, justo al lado de la entrada a la casa, anunciándose con la consabida broma de siempre, después de golpear tres veces con los nudillos de su mano izquierda la regia madera de la puerta, sin molestarse en pulsar el timbre.

—Señora Valentina, aquí le dejo las botellas de leche. La leche Collantes que hace a los niños gigantes.

Secundino Aranda y la señora Consuelo, matrimonio que había llegado hasta la capital desde un pequeño pueblo de Segovia hacía ya casi veinte años, vivían junto a su única hija, Consuelo, a la cual en el barrio todos llamaban Chelo, en una casa de su propiedad en la calle de San Bartolomé número 9, primer piso, puerta núm. 2, cuyos balcones daban a la calle principal y que, exactamente un mes antes de su llegada a Madrid, por mediación de su primo Gabino el carnicero del mercado, habían comprado conjuntamente con su negocio, a los antiguos dueños de la lechería con el dinero obtenido por la venta de todos los bienes que poseían en su pueblo. Un edificio tan cercano a su actividad comercial que apenas tardaban minutos en llegar al puesto que regentaban, en el cual vendían leche y demás productos lácteos, procedentes de esta.

Chelo, pelirroja de cuidado, al igual que no era buena estudiante que cursaba quinto de Bachiller en el mismo instituto que Ana María, hermana menor de Julián, era atrevida, ocurrente y cargante como su madre. Esto último, sobre todo lo venía siendo con Julián, hijo mayor de Valentina, al cual, siempre que se le brindaba la menor ocasión para importunarle, lo hacía, ideándose mil excusas.

—Como sabes, Julián —le dijo unos días antes al toparse con él en la escalera cuando subía a buscar a Ana María—, mis padres no me dejan ir sola al cine, y menos, mi mamá. Pero he pensado que si tú me acompañas mis padres no se opondrían.

—A ver, ¿cómo salgo yo de esta? —viéndose atrapado murmuró para sí.

Mientras Julián la miraba con asombro, Chelo seguía a lo suyo, que no era otra cosa que convencer al hermano de su amiga.

—Además, Julián, existe el problema de que las películas que quiero ver, ya sea en el cine Roxy o el Luchana, son para mayores de dieciocho

años, y no me dejarán entrar a no ser que entremos de la mano tú y yo, fingiendo ser novios. Por favor, acompáñame —añadió en tono implorante—. Yo pagaría las entradas y el ambigú. ¿Qué me dices?

Julián, sorprendido por el desparpajo de Chelo y temiéndose lo peor, no le contó ni que estaba enamorado de Celia, que seguía en París, ni que el domingo lo tenía comprometido, puesto que había quedado con su amiga Alejandra para ir a ver la película del *Doctor Zhivago*, que en aquellos días se proyectaba en el cine Roxy A.

Sin saber aún cuál de las dos opciones sería la mejor, si salir con Alejandra o con Chelo, optó por no bajar la mirada y, fijándose en sus chispeantes ojos claros, dijo:

—Tengo mucho por estudiar. Compréndelo, no puedo…

Y nada más se atrevió a pronunciar porque si le decía «otra vez será» no le dejaría en paz. Aunque él sabía que esto no iba a suceder tan fácilmente. Puesto que bien conocía los propósitos de su madre, la señora Consuelo, y de ella misma.

El destino quiso, gracias a la afinidad y cercanía entre una familia y otra, que la madre de Chelo entablara amistad con Valentina, madre de Julián, y no era de extrañar. Porque, cada vez que ella o cualquiera de sus hijos que mandara a la compra, siempre les advertía que fuesen al mercado del barrio, en donde se podía encontrar de todo, además de por su cercanía. Puesto que, para llegar desde su casa hasta este recinto atiborrado de variedad de negocios, tan solo tenían que cruzar el paseo Recoletos para después ascender a la menguada calle de Prim y, una vez aquí, continuar hasta alcanzar el número 24 de Augusto Figueroa, continuidad una de otra. Distancia en la que no se empleaba en recorrer ni diez minutos. Claro está, si alguno de ellos no se entretenía observando el cambio de guardia de los soldados que custodiaban la puerta ubicada en la calle Prim del Ministerio del Ejército, próxima a la confluencia con la calle Barquillo.

Fue en los días previos a Navidad, cuatro años antes, cuando por primera vez, Julián, estando de vacaciones, conoció personalmente a la señora Consuelo en su tienda de productos lácteos, aunque él ya sabía por mediación de su madre de su existencia y origen.

Por entonces, el hijo de Valentina contaba tan solo con dieciséis años. Sin embargo, al instante pudo comprobar que esta era mujer de

armas tomar, como toda buena comerciante que se precie como tal, y de no muy atractivo semblante, suponiendo al momento que la piel enrojecida y todavía curtida de su rostro sería debido al frío clima de su pueblo. En cambio, su hija, nacida en la ciudad, era una niña de cabello rojizo semejante al de su padre, poseedora de una tez blanca y suave, de nariz respingona salpicada con graciosas pequitas, de labios carnosos y de grandes ojos claros, verdes como el mar al amanecer.

Julián, ese día, también pudo comprobar que lo que le faltaba en belleza a la señora Consuelo con creces lo suplía con su ocurrente verborrea e indiscreción. Esto último, tal vez porque quería estar al tanto de todo lo que ocurría en su entorno. Por ello, en el momento que supo que Julián era hijo de su amiga Valentina le obsequió con un buen pedazo de jugoso requesón, cuando este, solícito y con prisa para desaparecer de allí, le requirió que le despachara cuarto y mitad de názula.

—Hola, guapo. Tú me dirás. ¿Qué es lo que quieres? —preguntó aquel día sin quitarle ojo, cuando esta se percató de que era su turno—. El caso es que ahora que te miro —agregó señalándole— me doy cuenta de que es la primera vez que te veo por aquí y no caigo en quién puede ser tu madre —continuó Consuelo guardando silencio unos segundos—. Pero, sin embargo, tu cara me suena y me resulta familiar, muy familiar. Seguro que conozco a tus padres si me sacas de la duda y me dices quiénes son. ¿En dónde vives? —seguidamente interrogó.

—En la calle Villalar —contestó entre dientes, fijando la mirada en el suelo.

—¿Qué número, niño? —ávida quiso saber Consuelo al comprobar que el muchacho seguía distraído con la mirada puesta en la superficie solada con piezas de mármol blanco.

Julián, que seguía sintiéndose incómodo, inquieto y algo avergonzado, prolongó un rato más su silencio al levantar la vista y comprobar que las señoras que allí esperaban a que les llegara su turno, curiosamente y expectantes, le seguían observando. Por lo cual, al instante supuso que todas ellas aguardaban con ansiedad escuchar y averiguar su respuesta.

Ante el persistente silencio del joven muchacho, Consuelo nuevamente volvió a insistir.

—¡Explícate, chiquillo! Y no te hagas tanto de rogar. Ya sabemos que vives en Villalar. Pero ¿cuál es el número? —preguntó de nuevo.

—El número siete —en voz baja respondió sin remedio y no de muy buena gana al evidenciar de nuevo que nadie le quitaba ojo.

Fue entonces cuando Julián, armado de valor, levantó la cabeza y comprobó que Consuelo, cuchicheando con una de las clientas que allí había, la oyó decir algo como que ya sabía de quién se trataba y para sí exclamó:

—¡Trágame, tierra!

Pero en ese preciso instante, en el cual Julián deseaba ser invisible, la tendera eufórica reveló:

—Ya sé quiénes son tus padres, chiquillo. Tu madre es la señora Valentina, y posiblemente, por la edad que aparentas tener, has de ser el mayor. ¿Me equivoco? —indagó para salir de la incertidumbre.

—No —secamente respondió y sin ninguna otra opción.

—Ya decía yo que tu cara me sonaba. Eres el vivo retrato de tu madre —Consuelo respiró hondo y sin apartarle la mirada continuó—: Sabes que con tu madre comparto una buena y estrecha amistad de años atrás. Bueno, desde que llegué a la ciudad —confesó—. A tus hermanos ya los conozco, suelen acompañar a tu madre a la compra los días que no tenéis colegio —aclaró eufórica—. Sin embargo, aunque no te conocía, sí sabía de ti. Tu madre, mi amiga, siempre encuentra palabras para elogiaros cuando pregunto por todos vosotros. Aquí, donde le veis —empezó a contar de Julián al dirigirse a una de las cuatro señoras que todavía permanecían en el puesto para realizar la compra y que residía en la calle Héroes del Diez de Agosto, por lo tanto, vecina de este—, es un joven aplicado y talentoso, sacando excelentes notas en el instituto; por ello, su esfuerzo siempre resulta premiado con becas para libros y matrículas. Además de ser un buen hijo.

Julián, entonces, carraspeó para hacerse oír.

—Por favor, doña Consuelo. Tengo prisa y no puedo entretenerme —alegó—. Dejemos esta conversación para otro día si no le importa. Tengo varios recados que hacer y se me hará tarde si nos entretenemos charlando —declaró airado al notar que la tendera se hacía la remolona.

—Uy, hijo, ¡qué respetuoso eres y qué prisas te gastas! De «doña» me tratas. Señora Consuelo a secas soy para ti desde hoy y en adelante —bromeó, acercándole la mano al rostro—. A ver, majo, ¿qué es lo que te han mandado comprar? —preguntó sin perder la sonrisa.

—Mi madre me ha encargado que le diga también que el próximo miércoles día veintitrés nos sirvan, a parte de lo acostumbrado, tres litros de leche más, y si ahora me despacha cuarto y mitad de requesón me marcho, que, como le he dicho, tengo prisa.

—¿Eso es todo?

Julián, al fin, suspiró aliviado y contestó con sequedad:

—Sí.

—Será cosa de un momento, chaval. En seguida te atiendo —contestó la mujer con retintín.

Consuelo, astutamente, dio media vuelta y con parsimonia abrió el cajón de la pequeña y blanca mesa que estaba justo delante de las fresqueras, sacando la libreta que ella tenía para anotar los pedidos de la clientela que era servida a domicilio. Con bolígrafo y cuaderno en la mano, de nuevo se dirigió a Julián, que esperaba impaciente.

—Me has dicho que para el veintitrés os sirvamos dos litros más de leche ,¿no?

Julián negó moviendo la cabeza.

—Son tres, si a usted no le parece mal —apostilló posteriormente devorado por los nervios.

—Ay, sí… Perdóname, hijo. No sé dónde tengo la cabeza —empezó diciendo al tiempo que garabateaba en su libreta de tamaño no mayor a media cuartilla—. Anotado está —afirmó levantando el rostro—. Y después necesitas que te despache cuarto y mitad de názula, ¿cierto?

El muchacho esta vez asintió afirmativamente, cansado de que todos los presentes le observaran. Pero mientras, él, al no tener cosa mejor que hacer, se dedicó a mirar con atención a la dueña de la lechería. Primero, observando cómo sustraía de la alacena refrigerada, envuelto con tela blanca, bastante más de medio kilo de exquisito requesón, como él mismo pudo apreciar posteriormente en casa, cuando su madre esa misma tarde, a la hora de la merienda, lo partió y lo mezcló con azúcar. La verdad era que había que admitir que requesón tan rico como el que vendía la segoviana no existía en ninguna otra tienda de Madrid. Era para chuparse los dedos, y así lo hizo Julián mientras saboreaba la última migaja de la leche recién cuajada, deshaciéndose en su boca.

Después, y en segundo lugar, mientras la mujer envolvía cuidadosamente el regalo para Julián, este logró advertir también en ella, al compás de su agigolada respiración, cómo la forma de su exuberante y voluptuosa delantera subía y bajaba por encima de su delantal exageradamente blanco y limpio.

En esto que, cuando Julián más ensimismado andaba, perdido y hundido por entre aquellas poderosas cumbres de Consuelo, afortuna-

damente para él, esta le despertó, librándole de tan magnicida pesadilla en la que por un momento se había visto envuelto.

—Toma. Es un regalo para ti y tus hermanos. Se lo dices a tu madre. Es casi el doble de lo pedido y, aunque sois muchos, creo que con este pedazo habrá suficiente para merendar —empezó señalándole, mientras celosamente le entregaba la exquisita y jugosa názula al chiquillo—. Ganas tenía ya de conocerte —continuó explayándose—. Ya quisiera yo haber sido bendecida con un hijo igual a ti. Usted, señora Engracia, seguro que ya le conocía, ¿me equivoco? —añadió sin dejar de mirar de refilón al muchacho.

La señora Engracia, vecina de la calle Héroes del Diez de Agosto, enfurruñada, enseguida se prestó a responder:

—Mire usted por dónde, se equivoca —confesó—. No había tenido el placer de conocerle hasta hoy.

—Mujer, se lo decía porque como usted es su vecina…

—Bueno. Usted me dirá qué tiene que ver todo eso. No soy la portera del barrio, como usted puede comprender —interrumpió amohinada—. Ya veo, señora Consuelo, que no a todos nos trata por igual. Puesto que hoy debería obsequiarnos con algún presente. Al menos, por desagravio —finalmente soltó Engracia recriminándola.

Entretanto, Julián, intuyendo lo que le podría sobrevenir a lo largo de esa «apacible» disputa, ni corto ni perezoso, agarró el envoltorio, dio media vuelta y salió pitando. Eso sí, no antes de despedirse educadamente con un solitario «adiós». Una vez hubo dado las gracias a la tendera por su generosidad, aprovechó para saludar simplemente con la mirada a una joven criada que aguardaba pacientemente su turno para realizar la compra.

En ese momento, en la radio del puesto del señor Engraciano (el carnicero), enfrente al de la señora Consuelo, comenzó a sonar el villancico «El pequeño tamborilero», y Julián, sintiéndose libre de interrogatorios en medio de aquel pasillo central, contento, además de atrevido, se puso a canturrear la composición navideña, al tiempo que esquivaba con agilidad a mujeres que le llegaban de frente.

¿Llegaría algún día a saber, el hijo de Valentina, el motivo de tanta atención?

Pero instantes antes, cuando aún Julián no había cruzado el quicio de la puerta de la lechería en busca del pasillo central del mercado, sintió que su cuerpo se paralizaba y durante unos segundos permaneció inmóvil, al igual que su corazón, al oír la voz apremiante de la señora Consuelo.

—¡Un momento, joven! ¡Da media vuelta y acercaos hasta mí!

—¡Oh, no! Otro interrogatorio no —se dijo con rabia.

Julián, armado de valor, giró sobre sí y comenzó a desandar lo andado, pero, al reparar en lo que la tendera portaba en su mano, respiró aliviado y su corazón comenzó a recobrar su ritmo habitual.

—¡Toma, cógelo! Ya se me olvidaba. Es una participación de diez céntimos de la lotería de Navidad, obsequio para todos mis parroquianos —señaló sonriente al comprobar el espanto en la cara del muchacho—. Y ahora ya puedes marcharte con esa prisa que te acompaña —añadió finalmente sin perder la sonrisa.

Julián, incapaz de poder contenerse por más tiempo, en vez de agarrar con delicadeza la participación de lotería de la mano de Consuelo, la arrebató cual ave rapaz capturando su presa al vuelo. Y sí, esta vez, sin pronunciar palabra y puede que de malos modos sin pretenderlo, se retiró del puesto de la señora Consuelo a pasos agigantados.

—¡Virgen de los Remedios, procuradnos paciencia! Estos chicos de hoy siempre andando con prisa. Disculpe, doña Engracia… ¿Me decía? —añadió como si antes no la hubiera entendido.

—Le estaba diciendo que usted nos debería obsequiar con un regalo igual al del chico que acaba de marcharse como alma que lleva el diablo…

—Ah, sí —la cortó enseguida, impidiéndole prolongar su queja. Pero Engracia, con la importancia de ser la esposa de un suboficial del Ejército de Marina, temiéndose que su reclamación iba a quedar en agua de borrajas, continuó con su disputa.

—No entiendo, señora Consuelo, qué tiene de especial ese chico que no tengan mi Alejandra y mi Leonor para no ser recompensadas como él —insistió.

—¡Calla, mujer! Que ese jovencito que todas hemos visto salir con tanta presteza, puede que con un poco de maña por mi parte, un día sea el futuro de mi hija. Da gusto verle, ¿no cree? Tan pulcro y educado y de muy buena familia, además de bien parecido…

La mujer del brigada de Marina rio, interrumpiéndola con esa floja sonrisa en la que uno no puede ocultar sentir envidia.

—Pues anda que no le queda ni nada. Largo porfiáis, señora mía. Si todavía ese muchacho que tanto admira es un crío, y no digamos de vuestra hija… Y hasta entonces vaya usted a saber lo que la vida nos deparará —replicó.

Consuelo, que nunca perdía la compostura por nada, en ese momento, sin embargo, a punto estuvo de perder su inagotable paciencia y soltarle: «Lo que a usted le ocurre es que está muerta de la envidia», pero no lo hizo.

—No lo crea —comenzó diciendo para quitar importancia a la réplica de su clienta—. El tiempo pasa en un abrir y cerrar de ojos. A las pruebas me remito. Mire usted, parece que fue ayer cuando nació mi Chelito y pasado mañana, el domingo, Dios mediante, cumple doce años —suspiró—. Ya ve si pasa o no pasa el tiempo. Por cierto, sus dos hijas están invitadas como otros tantos chiquillos hijos de amigos y clientas. Haremos una fiesta por todo lo alto con tarta y todo —añadió—. Tarta que ya está encargada en el horno San Onofre; dígaselo. Pasaré a recogerlas al mismo tiempo que a sus vecinos, los hijos de Valentina. Será el día 20 a las cinco de la tarde, recuérdelo. Espero por mi bien y por la buena marcha del guateque que también asista el chico que usted termina de conocer. Y no se preocupe por nada —amplió—. Yo misma, al igual que mi marido, nos ocuparemos de retornarlos a todos con bien a sus respectivos hogares a eso de las nueve de la noche.

—Está bien. Se lo diré a su padre para que este dé su beneplácito. Pero no le prometo nada —respondió resignada, pero sin dejar de darse la pertinente importancia como esposa de militar que era.

—No se arrepentirá, mujer. Ya lo verá. Porque, si todo sale según lo previsto, la chiquillada se divertirá de lo lindo, y le ruego no se me queje, ahora le pongo un pedazo de requesón para las niñas —dijo resignada. Respiró hondo y se tomó un tiempo hasta que el renovado aire se instaló de nuevo en sus pulmones—. El regalo de Chelo para esta ocasión —empezó describiendo con entusiasmo— será un tocadiscos junto con algunos discos de esos dos jóvenes catalanes que tan de moda están.

La mirada interrogante de la mujer del marino hizo que Consuelo dudara por un momento.

—Sí, mujer. Esos que se hacen llamar «Los dinámicos» o algo parecido —amplió—. Y sus canciones tan de moda están, sonando a todas

horas en los programas musicales de la radio, además de algún otro que a ella le gustará comprar con sus ahorros. Pero, bueno, Consuelo, ¡basta ya de cháchara! —se reprochó ella misma en tono de voz más alto—. Con la emoción se me ha ido el santo al cielo. Disculpen ustedes. Dígame lo que le pongo, señora Engracia —al fin puntualizó, cortando la conversación.

Engracia no rechistó. Y pensó que quizás tuviese razón en cuanto al nombre del conjunto musical, limitándose tan solo a solicitarle lo que quería comprar.

—Póngame un par de cuajadas, dos pares de yogures y un trozo de queso semicurado de oveja que no exceda de 400 gramos. Ah, y no se olvide del trozo de requesón prometido —puntualizó con énfasis.

—Eso está hecho, y tú, Justina, maja, no te impacientes —dijo señalando a una lustrosa moza criada de doña Elisa, viuda de un procurador que residía en el mismo edificio donde estaba ubicado el Café Gijón—. Enseguida estoy con ustedes —añadió con su desparpajo habitual, dirigiéndose a todas las allí presentes.

Justina, tímida muchacha que no era mucho más mayor que Julián, vestida impecablemente de doncella a la usanza de las sirvientas de casas importantes de Madrid, y que recientemente había llegado a la capital desde la provincia de Ávila, recomendada por el párroco de su pueblo, para servir en el hogar de unos señores de postín, no pudo evitar ruborizarse al oír pronunciar su nombre y ver como todas giraban la cabeza para fijar sus ojos en ella. Pero eso de sentirse contemplada y observada por todas las miradas allí presentes no fue lo peor, que para ella fue mucho más infame cuando le preguntaron si conocía al chico que acaba de salir, a lo cual, titubeante en ese momento, negó.

—No, no… no le conozco. Vaya que no —aseveró, al tiempo que la sangre enrojecía sus mejillas, tornándolas nuevamente en color escarlata.

¿Fue verdadera su respuesta? ¿Asistirían los hijos de Valentina al cumpleaños de Chelo?

Desde aquel «dichoso» día, cada vez que Consuelo veía pasar por delante de su tienda a Valentina acompañada por Julián, no podía remediar exclamar:

—Buenos días o buenas tardes, Valentina y acompañante —según la hora del día que fuere, para seguir diciendo—: Qué bien acompañada vienes hoy. Tú y yo, sin tardanza, tenemos que hablar, y me gustaría que lo que te voy a proponer sea también de tu interés.

Pero Valentina, que con creces sabía cuál era su ofrecimiento desde que su niña era un angelito, para no agraviarla, siempre y con astucia le contestaba lo mismo:

—Tened paciencia, mujer, el tiempo todo lo llega a poner en su lugar, y, si en las estrellas su destino está escrito, te aseguro que para mí será un verdadero gozo. —Otra cosa más no añadía, puesto que no deseaba que su hijo se enterara de los planes urdidos por Consuelo, que en ese menester ponía más empeño que la madre de todas las celestinas.

Definitivamente, el último que desfiló por el cuarto de baño en aquella mañana de lunes para asearse fue él, Julián. Puesto que este dejó que antes lo hicieran sus hermanos menores: Ignacio, Fabián y Ana María, con el único propósito de estar tranquilo sin los acostumbrados aporreos a la puerta, teniendo que objetar:

—¡Ya está bien… dejadme tranquilo! Saldré en cuanto termine y no antes, por mucho que desesperéis.

Estar sosegado, bien que lo sabía él, era la ideal manera de poder rasurar pacientemente su faz con seguridad, precisión y sin sobresaltos ni tropiezos, única forma de evitar los indeseables e ineludibles rasguños propiciados habitualmente por la desgastada y tosca hoja de afeitar Sevillana que tenía montada hacía ya unas semanas en la vieja y metálica maquinilla de afeitar heredada de su padre, cuyo peine de sujeción estaba falto de algún que otro dientecillo, producto de alguna que otra caída contra la dura superficie del cuarto de baño o simplemente a consecuencia de la acumulación de años. Por ello, Julián creía conveniente que toda precaución era poca, y si no andaba con sumo cuidado cabía la posibilidad de acabar hecho un eccehomo, marcado su rostro para toda la semana, al igual que si se hubiese peleado con el gato de la vecina del cuarto, la señora Encarna, cosa que bajo ningún concepto deseaba que sucediera, y menos en ese día. Como tampoco, después de todo, le apetecía ser el centro de las chanzas de sus amigos, cosa que le había sucedido en alguna que otra ocasión. Así, sin rasguños, evitaría la consabida guasa de todos ellos.

—¿Cuál de ellas ha sido? —unos.
—¡Vaya fierecilla! —desternillándose de la risa otros.

No hacía demasiado tiempo que Julián había comenzado a rasurar su incipiente barba. Por eso, se podría afirmar que todavía no era excesivamente un experto en esto del afeitado. Pero por esta vez, al remirarse en el espejo, pudo descubrir que de su aventura había salido indemne y sin corte alguno en la lozana piel de su rostro. Sin embargo, primeramente y antes de comenzar la peliaguda andadura del afeitado, contemplándose en la superficie brillante del cristal meditó:

—He de procurarme una maquinilla nueva, aunque me cueste, a mi pesar, no ir al cine de dos a tres domingos… Sí, eso haré —volvió a cavilar—. No pediré prestado a mis hermanos —agregó.

Y con este pensamiento, después de casi una hora, esa mañana abandonó el lugar del aseo.

Su responsabilidad y respeto hacia sus padres le impedían cometer cualquier locura. Pero, por primera vez, hoy, iba a descubrir algo que aún no había contado a su madre.

Por otra parte, era lógico que todavía no hubiese revelado nada sobre lo que tenía pendiente por hacer. No era el momento, pensó. Puesto que ni siquiera sabía si su obra escrita merecía la pena de ser leída por otros. Por ello no deseaba que Valentina se enterase de que muchas de las noches, en vez de brindarse a lo que exclusivamente le correspondía, que era estudiar las asignaturas propias de su carrera, las dedicara a componer poemas mirando a las estrellas y en improvisar posibles historias que plasmar en la novela que ansiaba por escribir. Pero, sin duda alguna, aunque su primordial aspiración era llegar a ser un célebre científico, tampoco descartaba la posibilidad de querer ser escritor y que su obra literaria algún día se diera a conocer al resto de los mortales. Así pues, desde aquí en adelante, la misión de compaginar sus dos más preciadas inquietudes le supondría una tarea un tanto complicada.

Antes de ocupar asiento en el lugar habitual de la mesa que él tenía asignado, pudo comprobar que, casi sobre el borde del hule multicolor que cubría la redondez del extenso tablero de madera de haya, descansaban dispuestos para ser ingeridos cuatro tazones repletos de leche humeante con ColaCao. Como también, sorprendentemente y de in-

mediato, mientras separaba su silla para sentarse, pudo observar con su melancólica, limpia y clara mirada, cómo sus hermanos no podían evitar contemplarle con una maliciosa sonrisa.

—¡Buenos días a todos! —saludó jovialmente y respetuoso, aunque un poco inquieto, producto de los nervios.

—Buenos días —contestaron al unísono, sin borrar de la faz una velada risita igualmente, que entre codazo y codazo, no dejaron de mirarse los unos a los otros con disimulo, enterados de lo que posiblemente le podría sobrevenir a su hermano.

La madre, que en ese instante se encontraba de espaldas a la mesa y en el lugar de la cocina habilitado para el fogón, preparando unas tostadas de pan en la placa de carbón, de inmediato giró sobre sí con ánimo de reprenderle. Pero en ese momento no lo hizo. Respiró hondo e intentó calmarse.

—A gusto te habrás quedado —se limitó a decir en ese momento.

Julián, durante unos segundos, guardó silencio.

—Mamá…

—Calla y no digas nada. Contenta me tienes —interrumpió—. Hace rato que esperamos, y eso no es de recibo. Anda que no has tardado en acicalarte; ni que fueses a ir de boda —agregó—. De hecho, has estado más tiempo en el baño que aquel día del pasado septiembre, en el cual se casó tu prima Maribel…

—¿En dónde está papá? —preguntó al instante queriendo intentar así suavizar el enrarecido ambiente que por culpa suya flotaba en el aire de la cocina.

—Con tanta tardanza, tu padre, harto de esperar, se ha marchado a su trabajo —espetó finalmente con gesto enojado.

Julián enmudeció y tan solo se limitó a observar como su madre se daba la vuelta para ocuparse nuevamente del fogón y continuar con la tarea de la elaboración del resto de las rebanadas de pan.

En ese momento, parte de sus cubiertos, dispuestos para el desayuno sobre la mesa, cayó sobre el cerámico suelo de la cocina y el golpe seco del cuchillo contra las resistentes baldosas le sacó de su ensimismamiento. Sintió entonces cómo su respiración se aceleraba al igual que su joven corazón se desbocaba. Hecho un manojo de nervios, instintivamente dobló su cuerpo hacia un lado y, alargando su mano izquierda, lo recogió. Pero, a todo esto, en ningún momento dejó de prestar atención

a su madre, puesto que deseaba salir de dudas, averiguando lo que antes había intuido en su serena mirada, cuando esta se dirigió a él.

Ignacio, aprovechando que su madre continuaba de espaldas y ocupada en el fogón, ni corto ni perezoso, a hurtadillas por debajo de la mesa, a su hermano mayor le propinó una ligera patadita.

—Sí, sí. Anda, recoge el cuchillo con prisa, que ni así evitarás que algo más te vaya a caer. Ya lo verás —soltó maliciosamente.

—¡Calla, imbécil! ¡Que la vida es bella! Y hoy por fin me sonreirá la más hermosa de las estrellas —repuso devolviéndole el golpe con más violencia.

—¡Ayyy! —gritó, quejoso, Ignacio—. ¡Mamá! —volvió a gritar—. Dile que se esté quieto y deje de darme puntapiés en la espinilla. Me ha hecho daño —finalmente vociferó señalando a Julián.

—Chivato…

—¡Basta ya! ¡Estaos quietos y desayunad! Y después… todos a estudiar —ordenó Valentina con infinita paciencia, mientras uno de los dos mayores seguía enzarzado en su rifirrafe—. Y tú, doblemente, quédate quietecito. Más te vale. Contenta me tienes —señaló por último mirando inquisitivamente al mayor de sus hijos, mientras depositaba las apetecibles rebanadas de pan recién tostado, rociadas de aceite y espolvoreadas con azúcar.

¿Qué era lo que Valentina quería señalarle con esa mirada inquietante?

En el rostro de Ignacio, adrede o no, seguía dibujada ladinamente una sonrisilla que no podía evitar reprimir y para hacerse notar; de nuevo propinó con el borde de su zapato otro ligero golpe en la pierna de su hermano, al tiempo que susurrándole al oído le dijo:

—De la bronca, hoy no te libra ni la mejor de tus estrellas. Ja, ja, ja…

—¿Ja, ja, ja? Imbécil, idiota —gritó Julián desquiciado, no importándole ser oído por su madre.

—¡Os he dicho que basta! ¿Qué no habéis entendido de «basta ya»? —habló la madre poniendo orden. No deseaba que sus hijos mayores le hicieran perder la paciencia.

Por supuesto que a Julián, en ese instante, no le habría importado seguir la disputa con su hermano Ignacio. Pero prefirió ser prudente y tan solo le advirtió que con él ya no iría a jugar al fútbol a la Chopera. A parte de solicitarle la devolución de su compás, bigotera y tiralíneas. Por

lo cual, acto seguido, para evitar enrarecer aún más la mañana, eligió guardar silencio.

Exactamente en ese momento, en la radio que hacía un rato que la señora de la casa había sintonizado, muy tenuemente se podía escuchar, de la banda sonora del *Doctor Zhivago*, el tema musical de «Lara». Película que, precisamente la tarde del día anterior, estuvo viendo Julián en compañía de Janda en el cine Roxy A de la calle Fuencarral, próximo a la glorieta de Bilbao, y que tanto le había emocionado y, sobre todo, conmovido.

Por ello, al instante, las notas musicales de tan bello tema, y que así lo consideraba él, le hicieron rememorar el impactante fotograma, irrumpiendo de sopetón en la pantalla. Fue una primaveral escena en donde se podía disfrutar de un campo repleto de narcisos amarillos alrededor de una casa. Casa en donde los protagonistas pasaron el crudo y blanco invierno de un pueblo ruso, rodeados de creaciones poéticas llenas de verdadero amor. Fue entonces cuando Julián, amante de la poesía, guiado por la emoción del momento en la confortable y pulcra sala de proyección, cometió un grave error. Pero, cuando más ensimismado andaba meditando sobre aquel espontáneo acontecimiento, otra preocupación a sumar le sobrevino. Y lo peor de todo fue cuando, en ese momento, la emisora sintonizada dejó de lado el contenido musical para dar cuenta de las noticias más relevantes del día y el locutor de turno comenzó a decir:

—Son las ocho de la mañana. Muy buenos días, España. Interrumpimos nuestro espacio musical como cada lunes a esta misma hora para dar paso a nuestro noticiario hablado. Noticias.

—¡Ana María! Anda, hija, sube el volumen. Al menos, durante la trasmisión de las noticias —ordenó Valentina en ese instante.

—Ya voy, mamá.

—En Francia, a fecha de hoy la Unión Nacional de Estudiantes y el Sindicato de Profesores —continuó informando con vehemencia el locutor— aún no han llegado a ningún acuerdo con el Rectorado de la Sorbona y el Gobierno francés de De Gaulle, a pesar de los graves sucesos de días anteriores en el Barrio Latino, provocados por la sinrazón de miles de exaltados sin resultado alguno. Eso sí, como ustedes saben, porque desde aquí este servidor les ha informado, hubo 422 detenidos y 345 policías heridos en la noche del día diez. Por ello, tras este fracaso

de los manifestantes, hoy lunes, trece de mayo: estudiantes, profesores, sindicatos obreros y el Partido Comunista de Francia tienen convocada huelga general.

»Sobre este hecho, puntualmente en los informativos de la emisora les seguiremos manteniendo informados. Por otra parte los Ocho de Nanterre —prolongó con la misma vehemencia— continúan detenidos. Mientras carros blindados se despliegan por las calles de París…

Acto seguido, el locutor hizo obligado corte publicitario y, mientras que en el inciso de rigor del noticiario sonaba la sintonía habitual de las noticias, a Julián se le cortó la respiración, al evidenciar como su madre, del bolsillo del mandil de cocinar, extraía la octavilla que días antes a él le habían entregado los estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas, a lo cual no pudo por menos que exclamar para sí.

—¡Oh, no, por todos los santos, ahora eso no! —preguntándose seguidamente—. Pero ¿cómo es posible que madre lo haya podido encontrar, si el dichoso panfleto estaba entre mis apuntes y poesías?

Inmediatamente recapacitó. Y pensó que posiblemente, al ordenar los poemas que ese mismo día por la tarde presentaría a doña Emilia, en la calle Ferraz, lo habría dejado por descuido y al descubierto sobre la mesa de estudios, comprendiendo al instante las insidiosas insinuaciones de su hermano Ignacio.

Si el joven Julián se encontraba de por sí nervioso, además de emocionado con su pendiente entrevista literaria con la señora entendida en el lenguaje de los libros, además de poetisa, vecina de su compañero Ledezma. Mira por dónde, que, ahora sí, la verdadera preocupación le sobrevino de sopetón, cuando su madre, notablemente alarmada con la mirada perdida en el papel escrito, preguntó aterrada:

—¿Qué es esto?

—Nada por lo que preocuparse, mamá —replicó alarmado sin saber qué más añadir.

Valentina levantó la vista y miró fijamente a su hijo. Y cuando prosiguió, su voz se había vuelto fría, dura.

—¿Nada? —Se detuvo para mirarle con más intensidad todavía—. ¡Por Dios, hijo! Si es una convocatoria en toda regla del sindicato de estudiantes en donde os citan a todos para que os reunáis el jueves en el aula doce de la Facultad de Económicas —soltó crispada, perdiendo la

paciencia—. ¿Y me dices tan tranquilo que este papel no significa nada? Espero que por tu bien y por el de tu familia sea así y no asistas; será la única forma de evitar verte envuelto en líos políticos, y llenarnos a tu padre y a mí de preocupaciones.

En ese momento, Julián se sintió solo. Totalmente solo. Nadie había para consolarle. Nadie le ofrecería su cariño. Únicamente contaba con la compañía de los agradables recuerdos de la tarde del día anterior, en la cual estuvo en el cine acompañado de Janda. Por lo que prefirió guardar silencio y su boca no se abrió para quejarse.

Cuando el locutor del noticiario de la radio, ajeno a lo que sucedía en la cocina de Valentina, nuevamente iba a comenzar su locución, esta mandó a su hijo pequeño que lo desconectara.

—¡Apaga la radio, Fabián! Lo que suceda tanto aquí como en París lo veremos después en el noticiario de la televisión durante el telediario. Ojalá pronto todo tenga un feliz final y no vuelva a suceder lo que ocurrió en ese Barrio. ¿Cómo se llama? —Hizo un inciso—. Ah, sí, ya sé, el Barrio Latino, «la noche de las barricadas» —dijo sin convencimiento y sin dejar de observar la octavilla revolucionaria que tenía en sus manos, temiéndose que en la Universidad donde cursaba estudios su hijo sucediera lo mismo.

Julián intentó tragar saliva, pero el nudo instalado en su garganta se lo impedía y comenzó a sentirse incómodo, y de inmediato supo que había de improvisar y dar una explicación determinante para apaciguar los ánimos de su madre y prefirió romper su silencio.

—A ver, mamá. Que tenga ese panfleto no significa que yo vaya a asistir a reunión alguna —empezó diciendo en tono conciliador—. Seguramente que muchos de nosotros lo tengamos. Puesto que los delegados del Sindicato Democrático de Estudiantes los han estado repartiendo entre la gente de la Facultad, y no sé con qué intención. Solamente puedo decirte, y de eso sí estoy al tanto, que existe malestar general entre algunos profesores y el rectorado. ¡Por favor… estate tranquila! —Respiró profundo y, sin dejar de mirar a su madre, intentó ser convincente—. Procuraré no verme involucrado en ningún follón. Soy el más interesado para que eso no ocurra. Por favor, mamá… pierde cuidado —finalmente dijo, al tiempo que con una caricia arrebataba de las manos de la madre el «conflictivo» papel para arrojarlo, sin pérdida alguna, junto al incandescente carbón que ardía pacientemente en el fogón.

Pero, entonces, ¿por qué Julián ocultó a su madre lo del concierto que tendría lugar el próximo sábado en el vestíbulo de la Facultad de Económicas?

Valentina, pese a ver arder en el llameante fuego el beligerante escrito, no quedó del todo tranquila, al pensar que ese papel había estado oculto en su casa y saber, además, desde hacía tan solo un par de días, porque la vecina del principal se lo hubo contado, que una pareja de policías de la brigada políticosocial había estado registrando la habitación de su hijo Jesús María. Por ello, al recordar que si, en vez de inspeccionar la vivienda de la señora Adelaida, hubiesen entrado en la suya, encontrando tan revelador comunicado entre los libros de su hijo, un escalofriante temblor recorrió todo su cuerpo y pensó contemplando amorosamente al mayor de sus descendientes: «Gracias a Dios que aquí no han entrado».

No obstante, Valentina, pese a estar viendo cómo se consumía el inflamable panfleto, no sentía de ningún modo que su ánimo se sosegara y esperó a que el resto de sus queridos hijos partieran al colegio para ultimar la conversación con Julián, recriminándole su falta de precaución.

Tan solo a Julián, en esa aciaga mañana en lo que nada parecía racional, únicamente le faltaba que el demonio alborotador que todo lo enreda pusiera en conocimiento de su madre que en la tarde de ese mismo lunes estaba citado en casa de una eminente y retirada crítica literaria en la calle Ferraz o que ayer estuvo en el cine acompañado por la joven y rubia hija de Engracia Gimeno y del arrogante brigada de Marina Francisco Casas, natural de Murcia, persona algo inculta que en su día tuvo la ocasión de enrolarse en este cuerpo al prestar su servicio militar como voluntario. Y, sin embargo, pese a todo, era, según la vecindad, el hombre que más importancia se daba en su entorno. Pero esto último no sucedió porque su hermano Ignacio aún no había contado a su madre que los había visto bajando juntos por la calle en donde vivía Alejandra. Y lo primero, a su pesar, tampoco sucedería de momento. Puesto que él pondría remedio para ocultárselo.

En cambio, don Enrique Villaescusa, el otro caballero de la Marina, también vecino del barrio, marino de carrera y algo mayor que su suboficial y que prestaba su servicio a la Marina como comandante en el

Ministerio, mismo lugar de trabajo que tenía el marino señor Casas, era un hombre sencillo, elocuente y encantador, con el que daba verdadero placer entablar cualquier tipo de conversación. Tanto era así que, cuando Julián coincidía con él de camino a la Cibeles, en donde sus caminos se separaban, uno en dirección al Ministerio y el otro en busca de la boca de metro de Banco de España para ir a estudiar, siempre y antes de despedirse del joven universitario, el distinguido marino le alentaba a que abandonara la Facultad, diciéndole:

—Julián, anímate, ingresa en la escuela de cadetes de la Marina en Marín, pero no me malinterpretes —se apresuraba a explicar—. Te lo propongo como se lo propondría a mi hijo si lo tuviese —resignado le recordaba—. Con tu talento y estudios apenas te costaría aprobar el examen de ingreso, y, una vez admitido como alumno del centro, en dos años serías alférez de navío o teniente, que es lo mismo. Además, ten en cuenta que yo te recomendaría… Sé que en la Armada tendrías un buen porvenir. Ya ves —siguió diciéndole señalando con una mano los distintivos dorados en la bocamanga de su chaqueta—, ahora soy comandante, o, lo que es igual, capitán de corbeta, pero en unos meses me ascenderán a capitán de fragata y esta cinta que ves en el centro más estrecha será igual de ancha que las dos restantes, y esto significará que mi sueldo también aumentaría.

Pero Julián, que esperaba llegar a ser célebre científico, o reconocido poeta o ambas cosas a la vez, simplemente, a pesar del respeto que el militar le infundía, solo se limitaba a despedirse cordialmente.

Sin embargo, el brigada, que vivía dos portales más arriba del comandante, rara vez entablaba conversación con sus convecinos, ni siquiera con la familia de Julián, pese a saber que este, por supuesto con su consentimiento, ayudaba a su hija Janda con las asignaturas de Química y de Matemáticas. Tan huraño se mostraba a veces que no le importaba salir de su casa antes de tiempo para no tener que cuadrarse al saludar militarmente a su vecino.

Una vez acabado el desayuno, todos, excepto Julián, salieron de la cocina por mandato de Valentina. Pero no antes de que esta escuchara las airadas protestas de Ignacio.

—Es demasiado temprano, mamá. Todavía queda una hora hasta que abran las puertas de nuestro cole… Déjanos un rato más…

—¡Noooo! —negó alargadamente—. No puede ser. Necesito quedarme a solas con vuestro hermano.

A Julián no le agradó en absoluto lo último que oyó decir a su madre. Pero, sin embargo, mirando a Ignacio tuvo tiempo para, con una mueca, decirle «fastídiate».

Para Valentina no pasaron desapercibidos los gestos y muecas que en segundos se intercambiaron sus hijos, pero, lejos de enojarse, lo que hizo fue sonreírse por dentro.

—Ana María, tú también recoge tus libros —aguantándose la risa dijo dirigiéndose a su hija—. Y no tardes, porque Chelo estará al llegar. Ya sabes que, cuando sube a casa, tu queridísimo hermanito, sin saber por qué, la rehúye, faltándole tiempo para encerrarse en su cuarto con cualquier escusa —añadió fijándose en Julián al ver que este tenía la mirada puesta en otro lugar—. Y eso que a mí me agrada. Es buena chica aparte de despierta y guapa —confesó—. Anda, hija. Date prisa —ordenó finalmente.

En ese momento, Julián hizo ademán de levantarse al mismo tiempo que su hermana para intentar escabullirse, rememorando a la vez las últimas palabras de su madre con las que ensalzaba a Chelo sin pudor y a lo que él bien pudo haberle respondido: «Sí, madre… es todo lo que tú quieras… pero está como vaca sin cencerro», y no lo hizo porque, a pesar de evitarla con frecuencia, después de todo le tenía estima. Puesto que con ella había compartido momentos agradables y emotivos como aquel día en el cual asistió al guateque de su cumpleaños en donde él por primera vez sintió sus lindos labios posarse en su rostro.

Apenas Julián hubo levantado no más de un palmo sus posaderas de la silla, intentando incorporarse y abandonar lo antes posible el fragor de la cocina, cuando, al instante, la voz imperante de su madre se lo impidió.

—¡Tú, estate ahí quieto! —ordenó a Julián—. Y vosotros ¿a qué esperáis? ¡Marchaos también! No hagamos de temprano tarde, y por ello, lleguéis con retraso al instituto —terminó advirtiendo a sus otros dos hijos, que seguían haciéndose los remolones.

En cuanto la cocina estuvo despejada, quedándose solo madre e hijo frente a frente, esta, armada de paciencia y comprensión, intentó que su hijo recapacitara, que, aunque a ojos de los demás fuera todo un hombre, ella se resistía en aceptarlo.

—Mira, hijo mío. Lo más conveniente para ti será que hoy bajes a estudiar a la biblioteca y no acudas a la Facultad. Creo —continuó exponiendo con sensatez Valentina—; mejor dicho —reflexionó—, intuyo que lo que está ocurriendo en París, más temprano que tarde, sucederá en Madrid, y a las pruebas me remito, que no son otras sino ese mismo panfleto que acaba de arder y las ansias que poseéis la juventud por cambiarlo todo, y esto solo os acarreará problemas… ¿O no te acuerdas de lo que ocurrió hace exactamente cuatro años, cuando en el festival de Eurovisión, después de la actuación de Suiza, un espontáneo enarboló la bandera en donde se podía leer «boicot a Francisco Franco», y desde entonces, los eventos internacionales son emitidos en España con unos segundos de retraso? Así se las gastan aquí —finalmente recordó.

—Sí, lo recuerdo. Pero, madre…

—Nada de *peros*, niño. Si bien ya no soy una jovencita, yo también he vivido esa época por la que ahora pasa vuestra generación. Con esa ambición e inconformismo de la juventud que todo lo quiere poner panza arriba, y lo comprendo, sí, claro que lo entiendo. Pero también pretendo que pienses un poco en mí. Mírame, soy tu madre y me moriría si te ocurriese algo. Por ello he de exponerte mi opinión.

Valentina se detuvo e hizo una breve pausa para que sus palabras de advertencia no cayeran en saco roto y, mirándole con más intensidad si cabía, posó su mano sobre la mano de su hijo diciéndole:

—Tú padre y yo —continuó un poco más calmada— nos desvivimos y sacrificamos para que vosotros, nuestros hijos, en el futuro seáis hombres y mujeres de provecho. Entiéndelo —pronunció con énfasis—. Tú no puedes permitirte andar metido en campañas contra el Estado, comparándote a los hijos de papá… Sin ir más lejos, con el joven del principal. Su madre —siguió añadiendo— tiene medios económicos suficientes, aparte de importantes aldabas con las que llamar en caso de que su hijo fuese detenido. Por lo cual, entraría por una puerta de la DGS y saldría por la otra. Sin embargo, como madre te aseguro que también su madre no podría evitar el disgusto de ver a su hijo retenido en los bajos de la Dirección General de Seguridad. Lo comprendes, ¿no?

Julián asintió sin pronunciar palabra.

Valentina, convencida de que no debería dejar ningún cabo suelto en la charla mantenida con su hijo, continuó mostrándole a este la ne-

cesidad de que él no podía secundar los movimientos estudiantiles del mismo modo que otros compañeros.

—Mira, Julián. Te repito una vez más, aunque mi pesadez te suene a monserga y pienses que soy anticuada y un latazo, y me sueltes que tú ya eres mayorcito para tomar tus propias decisiones. Lo que te vuelvo a exponer lo hago por tu bien. Reflexiona y hazme caso. No debes ni puedes meterte en líos políticos —insistió—. Acudiendo a esas reuniones no autorizadas, en las cuales dictaminareis consignas contra el régimen, gritando lo mismo que he visto escrito en esa octavilla que apenas me atrevo a pronunciar en voz alta por si me oyen las paredes: «Democracia sí, dictadura no». ¿Es esa la consigna? ¿O me equivoco?

—No —con asombro admitió, la mirada perdida y en un tono de voz casi inaudible.

—¿Lo ves? De ningún modo puedes implicarte en asuntos que tengan que ver con el orden actual establecido por el caudillo. Conviene rehuirlos y ya está… No debes mezclarte con los jóvenes más revolucionarios. Solo esto, vuelvo a repetirte, te haría perder la beca que con tanto esfuerzo has logrado conseguir, y esto —recalcó tintineante— es un lujo que no podemos permitirnos. Y no sería lo peor, porque realmente, de lo peor, lo más grave sería verte encerrado en la cárcel de Carabanchel por comunista, y esto, sí que sí…, nos haría sufrir por igual a todos, y a mí… enterrarme en vida —finalmente concluyó, deseando dejar zanjada la discusión.

Por un momento reinó el silencio. Solo sus miradas se hicieron audibles.

Julián, al igual que su madre, dio por terminado tan prolongado rapapolvo. Dejó libre su silla y, abandonando la cocina, se refugió en el cuarto de estudios, optando por quedarse aquí enredado en sus recuerdos en vez de salir hasta la biblioteca nacional, próxima a su casa.

Las palabras de Valentina aún resonaban en su mente, mientras que con la mirada recorría los estantes en donde, majestuosos y en silencio, reposaban sus libros de texto, y tras ellos, un puñado de folios con otro tanto de poemas escritos. Y, aunque la luz a esa hora de la mañana era escasa, eligió descorrer del todo los visillos de la ventana que daba al patio interior de la finca y la luz de ese día primaveral de mayo inundó la habitación, incidiendo especialmente en la pared en donde, ordenadamente expuestas, estaban las fotos de Rita Pavone, Gigliola Cinquetti

y Paul Anka, además de otras de menor tamaño de Los Brincos y del Dúo Dinámico, colgadas más recientemente, y que tanto él como sus hermanos habían ido recopilando a lo largo de unos cuantos años con la compra de la revista *Discomanía*, que a veces adquirían entre todos, aportando cada uno la cantidad de dos pesetas. De todas ellas, sin embargo, la más admirada por Ana María y Chelo era el póster de Gigliola, que, con tan solo dieciséis años, había sido la ganadora de los festivales musicales de Sanremo y de Eurovisión en el mismo año 1964, con el tema romántico de la canción «Non ho l'eta»; si no, porque tanto Chelo como la joven italiana Cinquetti habían nacido el mismo día de un mes de diciembre.

Eran las diez de la mañana cuando Julián decidió quedarse y no salir de casa hasta la hora de ir al encuentro de su amigo Paco Ledezma, el cual le estaría esperando a eso de las cinco de la tarde en la avenida de José Antonio a las puertas de los almacenes Sepu, lugar de la cita, para después, juntos, partir hasta la calle Ferraz número 24, en donde les aguardaba doña Emilia.

Una vez tuvo sobre la mesa los folios manuscritos con los poemas que, verso a verso, minuto a minuto, hora a hora, había ido robando noche tras noche a su tiempo de estudio y a su propia alma, respiró hondo, y el nuevo aire inspirado durante un instante mientras releía una de sus poesías favoritas le hizo sentirse reconfortado, proporcionándole unos instantes de felicidad. No obstante, antes de volver a inspirar, la losa de la fatalidad de nuevo recayó sobre su espalda al pensar que quizás su madre tuviese parte de razón en lo advertido, por lo que decidió dejar para más adelante la decisión de asistir o no a la asamblea de estudiantes del jueves. Sin embargo, pese a que nunca flaqueaba ante la adversidad, aunque el viento siempre soplase en su contra, por primera vez sí se sintió estar atrapado en un verdadero apuro. De un lado, los deseos de su madre, y por otro, los mandatos de su propio corazón, que le impedían quedarse de brazos cruzados mientras otros compañeros en igualdad de condiciones que las de él revindicaban sus derechos y luchaban por la libertad.

Elegidos los poemas que llevaría consigo a la cita de la poetisa, media hora después de leer y releer sus escritos, optó por conectar su aparato

de radio y poner algo de música en su joven y afligida subsistencia, y para ello tan solo era necesario buscar en su transistor la frecuencia de la emisora Radio Madrid, que en ese momento estaría transmitiendo el programa *Discomanía,* conducido por el popular locutor chileno Raúl Mata.

Hasta la hora de la comida, Julián, y sin que nadie le molestara, en vez de dedicarse a estudiar, se entretuvo disfrutando de la lista de discos actuales más vendidos en España, además de otros éxitos de años anteriores, prestando máxima atención al comenzar a escuchar los acordes musicales y letras de las canciones «Qué me importa el mundo» y «Cuore» de Rita Pavone, que le hicieron rememorar aquel día que por primera vez bailó con Chelo en su guateque de cumpleaños, siendo tratado por ella con especial ternura y admiración y, cómo no, imposible no recordar del mismo modo aquel ingenuo y sorprendente hecho, cuando ligeramente, agarrado de su cintura, bailaban la sentimental canción «Non ho l'età», y esta, conmocionada en un incontrolado impulso de emoción, como en un suspiro, dándole las gracias, rozó la comisura de sus labios por dos veces, inmediatamente después de susurrarle al compás de su intérprete una de las estrofas más reveladoras de la canción.

—No tengo edad —comenzó susurrante para terminar con énfasis—, pero tal vez si quieres esperarme ese día tendrás todo mi amor para ti.

Fue entonces cuando Chelo, levantando ligeramente la punta de sus zapatos y sin que Julián advirtiese lo que en su cabeza de mujercita rondaba, en un santiamén, le besó. ¿Sería esta una verdadera declaración de amor? ¿Era consciente Chelo de lo que había hecho? ¿O tan solo se trataba de una niñería propia de una chiquilla de su edad?

Ocurrió todo exageradamente rápido y, ante tan inesperada acción, Julián no logró apartar su rostro y evitar que Chelo le besara delante de los allí presentes, incluidos sus dos hermanos, que, al verle sonrojar, se burlaron, brindándole una maliciosa sonrisilla de esas que llevan implícita o más bien escrita la frase «ya verás cuando se lo contemos a mamá». Pero Julián, que había adivinado sus intenciones, con áspero gesto los miró inquisitivamente advirtiéndoles tan solo con la mirada: «Ni se os ocurra».

Por el contrario, la hija de la señora Consuelo, plenamente ilusionada, seguía pegada a Julián pese al revuelo suscitado entre sus amigos, sobre

todo, delante de Carlos, el hijo de su portera, que veía como sus esperanzas de pasar a solas un rato con Chelo se desvanecían cada vez más al ver a esta encantada y alegre junto a un chico que era mayor que él, por lo cual, más atrayente para las chicas. Sin embargo, durante la velada no dejó de insistir en sacarla a bailar en cuanto se le brindaba la ocasión y sonaba un nuevo disco en el salón de la casa, ya fuese un *«Rock and Roll»* o «Lolita Twist» del Dúo Dinámico, disco que no podía faltar en ningún guateque que se precie como tal, o música más lenta para bailar agarrado como era la canción de «Diana» de Paul Anka, furor de todas las adolescentes del barrio.

—Gracias, Julián, por dejarme hacer lo que antes hubiera hecho cuando me felicitaste en presencia de mi mamá. Eres… eres fenomenal —dijo después de besarle sin pudor y sin bajar su verde mirada de niña traviesa—. Gracias… gracias también —añadió—, por tu regalo. Son preciosos los pañuelos… y mucho más, estando bordadas mis iniciales. Yo… yo te he regalado…

—Por favor, Chelo. Todos nos miran, y si nos pilla tu madre me la cargo; además, ya es hora de sacar la tarta —interrumpió Julián mirando su flamante reloj de la casa Omega—, encender las velas y, mientras tanto, cantarte feliz cumpleaños —agregó astutamente, puesto que no deseaba que se repitiese la escena anterior, y menos delante de Janda y de sus mononas amigas de postín.

—Sí, claro. Perdona… vuelvo enseguida…

Fue entonces cuando Julián, viéndose libre, decidió avanzar justo los pasos necesarios, desde el centro de la sala en donde se encontraba instantes antes con Chelo hasta el otro extremo, lugar en donde estaba instalado el ancho ventanal del mirador del comedor, ocupado por un grupo de chicas; entre ellas, Janda y sus amigas.

El salón, perfectamente habilitado para la ocasión, estaba libre de enseres, excepto de sillas, del mueble aparador, de un espejo estilo isabelino colgado por encima de la chimenea y de varios retratos familiares expuestos a lo largo de una de sus altas paredes. Pese a su amplitud, a Julián le resultó fácil llegar hasta la parte del salón en donde estaba la hija del militar, unos primos de la anfitriona, además de sus inseparables compañeras de cole, Celia y Kika, estudiantes de cuarto de Bachiller en el colegio de monjas Divina Pastora, al igual que Janda, y que le fueron presentadas a su llegada, quedando prendado de una de ellas que vestía como una princesa, diciéndose para sí:

«Hoy del cielo ha caído una estrella… Es bella y deslumbrante… Sin lugar a dudas, es la joven que más mola de la fiesta…».

Mientras que el estudiante de quinto de Bachiller en el Ramiro Maeztu avanzaba risueño con larga zancada hacia el grupo de amigas que se había acomodado alrededor de la única mesa que había en el salón y en donde se encontraban los refrescos de Mirinda naranja y unas cuantas bandejas de frutos secos, pudo comprobar cómo Celia, la chica monona del guateque que tan impresionado le dejó en su presentación, cuchicheaba con Janda sin dejarle de observar.

Fue entonces cuando Julián, por temor o vergüenza, o por ambas cosas a la vez, decidió frenar su impulso por llegar lo antes posible y se entretuvo en mirar a todos lados menos a Celia, la chica con la falda más bonita y corta de toda la reunión.

En aquella ocasión Celia, que vivía al igual que su amiga Kika en la calle Joaquín García Morato. Puesto llevaba un polo blanco de cuello alto francés, haciendo este que en el centro de su pecho resaltara, aún mucho más, el collar medallón de plata con el signo de la paz que, colgado de su prolongado y delicado cuello, hacía que todavía destacara más su belleza. Su insinuante minifalda tableada a cuadros de colorido tejido de fina lana se ajustaba a su grácil cintura con dos trabillas de cuero negro. La chaqueta tirolés de tonalidad musgo que con anterioridad se había quitado para salir al centro del salón y bailar con sus amigas y con el resto de invitados del guateque el *twist* «Lolita», ahora colocada sobre su regazo, solo dejaba discretamente al descubierto sus redondeadas rodillas y sus medias italianas de fibra de lana de vicuña a tono con la chaqueta, que, además de abrigar, adornaban sus agraciadas piernas.

Lo que Julián no sabía cuando llegó hasta ellas, no exento de vergüenza por lo que podrían haber visto y por aquello del qué dirían, era que la charla entre Alejandra y Celia solo se trataba simple y llanamente de un sencillo y común interrogatorio entre amigas y de los chicos que les interesaban, y en aquel momento, a él, le había tocado ser el centro de la conversación.

—¡Caramba! ¿Este es el chico por el cual tanto suspiras? ¿De verdad te ilusiona?

—Sí… No… Bueno… yo qué sé.

—No seas pánfila. Esa respuesta no me sirve. Contesta sí o no. Es muy fácil —objetó Celia mientras, impaciente, se ajustaba el brazalete de carey que adornaba su brazo derecho.

—Sí —respondió tímidamente.

—La verdad, no sé qué decirte —replicó—. Como tampoco sé qué has podido ver en él. A mí no me parece que sea gran cosa…

—Shhh —señaló Janda, llevándose el dedo índice a sus labios al ver que Julián ya estaba junto a ellas.

¿Alguna vez llegaría Celia a arrepentirse de lo manifestado sobre Julián?

—Hola, chicas —saludó Julián al llegar a su altura.

—Hola…

—¿Qué tal? —preguntó el joven, dedicándoles una sonrisa.

—Bien —reveló Janda sin entusiasmo.

—Visto lo visto, quien se lo está pasando en grande eres tú —con desparpajo espetó Celia, tomando la iniciativa.

—¿Yo?

—Sí, tú… No te asustes, hombre. Nos alegramos por ello. ¿No es verdad, chicas? —preguntó Celia, dirigiéndose a una y a otra de sus amigas, mientras estas permanecían calladas.

—Claro que nos alegramos —reparó Kika entonces, rompiendo su silencio al tiempo que Janda, con la mirada perdida en el balcón, disimulaba echar un vistazo a la calle.

Julián, sintiéndose algo incómodo, repuso:

—No estoy asustado… Avergonzado, tal vez —confesó—. Lo superaré si cuando, al final de la fiesta, me dejáis que os acompañe hasta casa. ¿Puedo?

—¡Claro! Por supuesto que puedes. ¿No es así, Celia? —de inmediato se atrevió a responder Janda por todas.

—Pero con una condición —seguidamente se apresuró a añadir Celia—. Que nos invites a la fiesta que, según me ha comentado Janda, vas a celebrar el primer domingo del año en tu casa. Ah, eso sí, sin nenas pequeñas ni música aburrida… Yo me encargaré de llevar algo más movidito —concluyó con firmeza.

—Invitadas estáis. ¡Qué alegría! Tenía miedo de invitaros y recibir un rotundo no por respuesta. Me alegro… y no sabéis cuánto. Y bien, ¿qué música es esa que nos vas a traer?

—Evidentemente, música con algo más de emoción y un poco de todo, Julián: desde *rock* de Elvis Presley, *twist* de Chubby Checker, «La bamba» de Los Lobos, que ya he comprobado que con este estilo musical te defiendes bien; a la música romántica del tema de la película *Breakfast at Tiffany's*, «Moon River», me encanta. Además de otros discos de *boogie woogie* que son de mis padres, ¿de acuerdo?

Julián asintió afirmativamente y añadió:

—Alguna pieza más de música algo más lenta habrá que poner para bailar agarrado para poder descansar, ¿no? —sugirió tímidamente—. De eso sí tengo, y de varios autores. Hasta tengo el disco *Como tú,* del Dúo Dinámico —proclamó claramente mirando a Celia—. Ah, se me olvidaba, y entre todos ellos confieso que tengo un *single* precioso de la discográfica Phillies Records que seguro conocéis y os encantará bailar…

Expectante, Celia, la hija del catedrático de la Facultad de Ciencias Químicas, señor Vian, le interrumpió.

—¿Cuáles son?

—Ahhhh… sorpresa.

—Has empezado… termina —replicó tajante—. No tendrás el valor de dejarnos a estas alturas con la duda. Vamos, ¡confiesa! —ordenó autoritaria.

Julián, durante unos instantes, fue la viva imagen del desconcierto. No sabía si confesarlo o no. Si lo hacía antes del día del guateque, no habría sorpresa, y si no lo hacía, cabía la posibilidad de contrariarla, y eso no se lo podía permitir. Por lo que no lo pensó dos veces.

—Está bien, os lo diré. Se trata de «Be my baby» y «Baby, I love you» del grupo musical pop The Ronettes, dos hermanas con algunos años más que nosotros que cantan y se mueven como los ángeles, junto a su prima Nedra, de dieciocho años —explicó pícaramente mirando a Celia.

—Sí, sé quiénes son, y actúen donde actúen las siguen multitud de *fans*. El mes pasado las vi en un reportaje del NO-DO, cuando actuaron en la ciudad de Los Ángeles, y allí estaban como siempre, rodeadas de montones de adolescentes moviéndose al compás de la canción que tú tienes —afirmó Celia—. Por lo cual no me importará que pongas su disco para bailar.

—De acuerdo. Bien. Además, puede que os sorprenda si me dejáis tocar la guitarra, claro está —añadió, mirando solo a Celia—. Para in-

terpretaros una antigua canción de *folk* que en el verano fue número uno en todas las listas del mundo y que aprendí a tocar junto a otros chicos, sentado en la escalinata del estanque del Retiro durante las melancólicas noches de agosto, haciéndome partícipe de alguien que, según cuenta la letra, en su vida tuvo mala fortuna…

—Está bien. Música para bailar agarrados, ¿no?, e interpretación. Tú sabrás lo que haces. Pero, cuidado con esto, porque puedes arriesgarte a que te lancemos algún fruto de la huerta —bromeó Celia, impidiéndole que se alargara más en su relato. Eso sí, sin dejar de observarle pícaramente, haciéndose cómplice de su sugerencia, al mismo tiempo que sus labios dibujaban una ligera y alegre sonrisa.

Julián, gratamente sorprendido, no pudo por menos que felicitarse al evidenciar que ella, la cual al principio se había mostrado distante con él, asistiría a su guateque, aparte de brindarle por primera vez la más dulce de las sonrisas y la más apacible de las miradas.

—Por cierto, ¿en dónde vivís? —se atrevió a preguntar, dirigiéndose a las amigas de Janda, con plena confianza.

—Cuando lleguemos lo sabrás —misteriosamente empezó Celia a explicar su plan—. Primero pasaremos por la Cibeles para disfrutar de su iluminación, que todavía no he visto y, según cuenta Janda, estas Navidades está preciosa, y después retrocederemos hasta Colón —añadió—, para continuar hasta la plaza de Alonso Martínez. Desde aquí, fácil de adivinar…

—Bueno. Mientras tanto podríais facilitarme vuestro número de teléfono.

—No tenemos —se limitó a decir Celia secamente.

Mintió. Su razón tendría.

Julián, como no deseaba contrariarle, nada objetó, y mucho menos Janda y Kika, que no abrieron la boca, aun a sabiendas de que su amiga había faltado a la verdad.

Pero el encanto del inesperado acontecimiento al momento se truncó cuando en el salón entró de nuevo la revolera chiquilla de Chelo con su exasperante madre que, dando unas palmadas, les llamó la atención.

—¡Chicos, por favor, un momento de silencio! Interrumpid vuestros corrillos y acercaos hasta la mesa, que aquí tenéis la tarta prometida como merienda… Julián, hijo —añadió—, tú, que eres el mayor y,

seguro, el más cuidadoso, encárgate de hacer el honor de encender las velas, porque el señor Secundino, al ver tanto alboroto junto, ha huido a jugar a las cartas con sus amigos de la peña. Anda, majo. Toma las cerillas y sé cuidadoso —finalmente agregó.

El hijo mayor de Valentina no supo por dónde perderse. Recapacitó al instante y pensó:

«Cuanto antes acabe todo esto, más pronto partiré a pasear con Janda y sus amigas bajo las decorativas luces de la ciudad, aunque en la calle a estas horas uno tirite de frío».

Hacía frío, y mucho; era de esperar, estando en pleno mes de diciembre, pero, aun así, para Julián sería fácil suponer que para él aquella noche sería más que preciosa, si bajo la llamativa iluminación navideña caminaba junto a Celia.

Miró nuevamente a la muchacha que tanto le había impresionado cuando la conoció que toda su duda se desvaneció. Y, aunque durante la despedida de nuevo afloró el temor, nunca perdió la esperanza de compartir con ella algo más que una amistad y su dulce voz pronunciando su nombre. Ni siquiera cuando, frente a las puertas de la iglesia de Santa Teresa de Ávila y Santa Isabel de Hungría, anexa al portal de su casa, al despedirse la oyó pronunciar:

—Bien, Julián. Nuestros caminos aquí se separan.

¿Fue una premonición?

Sin embargo, a pesar de tan premonitoria despedida, ambos se miraron durante unos segundos y, en este diminuto intervalo de tiempo, Celia pudo descubrir con asombro que no solo se sentía cómoda en compañía de él, sino que también le resultaba agradable. Y, sin pensarlo dos veces, le ofreció su mano derecha para que este la estrechara. Estaba fría. Muy fría. Pero, lejos de molestarle, le resultó estimulante podérsela calentar. Por ello, aquella gélida noche del domingo veinte de diciembre, en la cual primero Julián caminó junto a Janda, Celia y Kika hasta la plaza de la Cibeles para contemplar su iluminación navideña, pasaría a ser para él como una noche en donde solamente brillaban estrellas mágicas y, mientras miraba al cielo, después de observar de Celia sus deslumbrantes ojos y su larga cabellera brillante y oscura, amparada con una gorra de paño bermellón y bufanda a juego, además de llevar a su esbelto cuerpo perfectamente resguardado con apropiada y atractiva

trenca de tonalidad azul oscuro, se dijo «¡bendita visión! Imposible olvidar este recuerdo. Ni siquiera el paso del tiempo evitará que permanezca inmortal en mi memoria».

CAPÍTULO II

Se aproximaba la hora de la comida en ese singular lunes trece de mayo, y Julián, absorto, refugiado en un mundo de ensueño, continuaba escuchando el programa musical de Los Cuarenta Principales sin importarle ninguna otra cosa que no fuese buscar una atractiva historia que contar en la novela que anhelaba escribir.

En ningún momento la emisora sintonizada hizo corte alguno para informar sobre lo que podría estar ocurriendo en la ciudad del Sena, relativo a la huelga general convocada para esta fecha y que le hiciera pensar en las posibles movilizaciones estudiantiles de Madrid a favor de los obreros en huelga de la Pegaso y de varios compañeros encarcelados en Carabanchel. De todas formas, para ese día, Julián tenía otras prioridades y su pensamiento en otro lugar, y en ese instante no le afectaba que a su alrededor el mundo estuviera cambiando tan deprisa por motivos diferentes. Por una parte, la catastrófica guerra de Vietnam en donde cientos de americanos y millares de vietnamitas desnutridos: niños, ancianos y mujeres morían a diario por efecto de las terribles bombas de napalm (ácido nafténico y ácido palmítico) cuyos devastadores componentes, como estudiante, bien conocía, y que eran arrojadas a diario desde los gigantescos aviones norteamericanos B52. Y, de otra parte, la revolución checoslovaca, Primavera de Praga, o la mismísima revuelta francesa conocida ya como Mayo francés.

Julián, pese a intentar evadirse de los acontecimientos que sucedían a su alrededor, viendo su mundo pintado de negro, tal cual decía la letra de «Paint it Black», canción protesta en contra de *Vietnam war,* del grupo Rolling Stones, sintiéndose por un momento como uno de

esos libertarios pacifistas (*hippies*), se puso a tararearla. Y, mientras canturreaba en inglés estrofas, no pudo dejar de pensar que su generación se estaba distanciando cada vez más de sus mayores al no sentirse identificados con sus valores.

Y el reflejo de ese mundo tan cambiante, él, como los demás jóvenes estudiantes continuamente, por aquellos años convulsos, lo podían observar en las letras de las canciones de los cantautores que se prodigaban en dar conciertos en salones de actos de colegios mayores. Por ello, Julián, tal vez, bajo ningún concepto deseaba dejar pasar la oportunidad de asistir al evento que estaba previsto para la tarde del sábado en la Facultad de Económicas, promovido por Marta y Arturo, delegados del Comité de Actividades Culturales de SDEUM, los cuales para esta ocasión eligieron a Raimon.

Mientras, el régimen franquista, próximo a la conmemoración de los XXV años de paz, se esforzaba en demostrar en campañas turísticas *Spain is Different*. El éxodo rural y la emigración a Europa contribuían de forma significante en este sentido, siendo la clave fundamental para el mantenimiento de una paz social que los mandatarios a toda costa querían mantener a base de prohibir asambleas universitarias y encierros conjuntos de obreros y estudiantes que eran acogidos, sin temor, en parroquias del extrarradio bajo la protección de sacerdotes de la nueva generación de la Iglesia católica. Por eso, los responsables de mantener el orden seguían obstinados en detener a dirigentes sindicales, alumnos y profesores revolucionarios, como lo ocurrido tres años antes, en donde fue expulsado, con carácter permanente, de su cátedra, don José Luis López Aranguren, entre otros.

La expresión populista pan y toros o pan y fútbol ayudaban también, cómo no, a este mantenimiento ficticio de bienestar. Para ello, el Gobierno hacía como suyos los triunfos del equipo del Real Madrid con sus seis Copas de Europa conquistadas, apropiándose del mismo modo de la fama y éxitos de los ídolos nacionales Manuel Benítez, *el Cordobés*, torero de masas; los tenistas Santana, Arilla, Gisbert y Orantes, componentes del equipo español de la Copa Davis; como también del triunfo de la cantante Massiel, reciente ganadora del festival de Eurovisión con la canción «La, la, la», celebrado en abril en el Royal Albert Hall de Londres.

Él sabía de buena tinta que, aunque el ascenso social se veía como una posibilidad al alcance de muchos, numerosos españoles tenían que emigrar en busca de trabajo y de otras condiciones de vida de las cuales España, en aquellos años, adolecía. Por ello, Julián se sentía en la obligación de tomar partido en un sentido o en otro.

Sin embargo, mientras dilucidaba el dilema de asistir o no a la asamblea programada para el día dieciséis y habiendo ya elegido los escritos más significativos para su cita de la tarde, se entretuvo en hojear el *ABC* del jueves día dos que estaba a su alcance, deteniéndose principalmente a leer su página 39, en la cual, en letras grandes y en negrita a modo de titular, destacaba: «**FRANCO PRESIDIÓ AYER LA XI DEMOSTRACIÓN SINDICAL**».

Aunque él, sobre este acontecimiento, ya estaba al tanto, puesto que el domingo en el cine, en compañía de Janda, durante la proyección obligatoria antes de la película en sí, el noticiario NO-DO dio buena cuenta de ello. Pero, no obstante, Julián quería descubrir algo más por mediación de la palabra escrita, sobre todo, en ese preciso momento, que lo que le interesaba saber era si se señalaba algo relativo a los paros de los obreros de la Pegaso. Pero no, su temor se confirmó, puesto que sobre este tema nada se exponía. Solo pudo leer que lo más destacable que señalaba el cronista del diario en su narración era: «Bajo la presidencia del jefe del Estado se celebró ayer por la tarde en el estadio Santiago Bernabéu la XI Demostración Sindical que, organizada por la Obra Sindical de Educación y Descanso, se dedicaba este año como homenaje del trabajo español a los países hermanos de Iberoamérica». Por lo cual pasó página y se entretuvo en leer, solo por encima, lo que dijo el senador Rockefeller de la americanización de Vietnam.

Fue entonces cuando Julián, al comprobar la hora que era, desistió en seguir imitando a Mick Jagger, dejando al instante de canturrear su canción en pro de la paz y en contra de la guerra entre americanos y el Vietcong, renunciando del mismo modo a continuar golpeando con su pie izquierdo la tarima del suelo, extrayendo al mismo tiempo de su boca el chicle Bazooka que momentos antes había estado masticando a ritmo de su música.

Una vez hubo recogido todo lo que sobre la mesa tenía, desconectó la radio, y el silencio y la soledad fueron de nuevo su compañía y, mien-

tras, en la cabeza le daba vueltas y más vueltas a lo planteado por su madre en la conversación de horas antes, impulsándole a la confusión. Un ligero toc, toc en la puerta interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—¿Puedo pasar? —preguntó Valentina empujando la puerta entreabierta del cuarto de Julián y a pocos metros de este.

—Pasa, mamá. Quería decirte…

—Tal vez antes, yo…

Ambos se obstaculizaron al intentarse explicar.

—Sí, dime. Tú primero. ¿Qué es lo que tanto te inquieta?

Julián quedó pensativo y dudó entre contar a su madre lo de la entrevista con doña Emilia, o explicarle que ya tenía entrada para asistir al concierto de Raimon o ambas cosas a la vez.

—Lo siento, mamá. Discúlpame por haberme comportado como un alocado e inconsciente estúpido dejando en casa esa comprometedora octavilla, y ahora, por favor, ¡siéntate! Algo te he de contar. —El joven Julián apoyó los brazos sobre la mesa para estar más cerca de su madre y bajó el volumen de la voz—. El caso es que mi amigo Paco, ¿sabes?…

—No sé a lo que te refieres, y de lo demás ya está olvidado. Puesto que, después de manifestarte mis deseos, espero que en ti reine la cordura. ¡Continúa! —añadió impaciente.

—Verás, mamá. Es sobre lo que he de hacer en la tarde. Pero no te alarmes. No se trata de ninguna reunión clandestina —alargó su mano hasta rozar la de su madre—. Es algo que debería haberte contado hace algunos días. Pero no lo hice por temor a enojarte, creyéndome un inconsciente que no dedica tiempo en sus estudios. —Julián respiró hondo e hizo una pausa sin dejar de contemplar de la madre sus apacibles ojos.

—¡Te escucho! A ver, ¿qué es eso tan interesante que tienes que decirme? No te atrevas a dejarme en ascuas… Ahora que ya has empezado, te resultará fácil terminar —ordenó la madre desorientada sin saber todavía lo que su hijo quería confesarle con tanto misterio.

Julián exhaló pausadamente el aire inhalado, puesto que no necesitaba ser convincente para que su madre le creyera, para ello solo tenía que ceñirse a la verdad de los hechos.

—Como te iba diciendo —continuó relatando—, resulta que Paco Ledezma es vecino de una señora cuya ocupación es escribir libros de poesías, además de ser una erudita en el mundo de las letras. Pues bien,

hace un par de meses, más o menos —prolongó— que Paco enseñó a doña Emilia, que así es como se llama su vecina, uno de mis poemas, y al leerlo le agradó tanto lo escrito que al instante mostró interés por conocerme, y por fin esta tarde ha llegado ese momento, por lo cual, la podré conocer y saber su opinión…

—¿Eso es todo?

Julián asintió.

—Pues, hijo, sentirte orgulloso es una cosa, pero estar nervioso por ello es cosa muy distinta… Ve tranquilo. Ya sabes que lo primordial para ti, como permanentemente vengo diciéndote, son tus estudios. Lo cortés no quita lo valiente, y si te sientes capaz de compaginar las dos cosas… adelante. No me opondré. Pero…

—¡Ya lo sé, mamá! Lo primero son los estudios.

—Eso.

Por primera vez en esa mañana, Valentina se tragó sus dudas y madre e hijo sonrieron plácidamente.

—Ah, por cierto, puedes estar tranquilo en cuanto a lo que se refiere a tus creaciones poéticas… A mí también me gustan, e incluso las que arrojas a la papelera hechas un gurruño…

—¿Cómo?

—Sí, hijo, sí. Discúlpame por husmear en tus cosas. Pero hace unos días, al ver un folio manuscrito hecho una bola arrugada en la papelera, por más que titubeé, no pude remediar recogerlo y echarle un vistazo. Lo alisé cuidadosamente —agregó— y, al leer lo que había escrito, gratamente me sorprendí y me dije «afortunada es la muchacha a quien mi chico escribe versos tan bellos», y lo son; a mí me gustan —afirmó repetitivamente mientras sus ojos enrojecían de emoción—. ¿Recuerdas? Más o menos decían así: «Oh, mi dulce amor, aquí en la ciudad sin ti, los días resultan tediosos y las horas se alargan. Perdido con el jersey al hombro, camino por sendas que por mí han elegido otros» —recitó de memoria—. ¿Le has dado a leer alguno de tus poemas? ¿La conozco? —seguidamente preguntó con la curiosidad implícita que conlleva ser madre.

Julián comprendió enseguida que su madre, sin malicia alguna, le había abocado a un serio problema, y que debería responder y contar a su madre lo que hacía años era un secreto solo custodiado por él y que desde hoy compartiría con ella. Apoyó los codos sobre la mesa y, con

los puños semicerrados bajo la barbilla, aguantó su rostro y sus ganas de llorar.

—A tu primera pregunta… mi respuesta es no. Y en cuanto a la segunda: te diré que apenas la conoces y de ella hace años que no sé nada —contestó sensiblemente emocionado con la voz entrecortada.

—Deduzco entonces que la protagonista de tus versos ni es Consuelo ni tampoco Alejandra. Las dos, dicho sea de paso, ya lo sabes, son buenas chicas, educadas, además de guapas. ¿Quién es, pues, la afortunada?

Al principio, Julián, ante el interés mostrado por su madre se sintió ligeramente incómodo. Solo eso. Pero, inexplicablemente, al fijar la mirada en los apacibles ojos de su madre, esa sensación de malestar fue desapareciendo sin darse cuenta. Sonrió para sus adentros y le contó la realidad, si bien esta no le fue contada con toda exactitud.

—La verdad, hijo, si te dijera que no lo siento, mentiría. No te preocupes. En cuanto termine sus estudios en París regresará a Madrid y de nuevo le podrás dedicar el tiempo que ella desee brindarte —le tranquilizó la madre—. Pero sabes que mi deseo es que todavía no tengas novia… Eres muy joven para ello y acabas de empezar la carrera. Un noviazgo formal conlleva el serio compromiso de dejar de tontear con las demás y ofrecerte exclusivamente a tu prometida… Lo entiendes, ¿no?

—Claro, mamá…

—Umm…

—¿Lo dudas, mamá?

—En absoluto pongo en duda tu honestidad, hijo. Solo te advierto que no me gustaría ni que Celia ni ninguna otra se lleve un desengaño amoroso contigo —declaró con énfasis—. Sabes bien que desde siempre la formalidad y la decencia han regido los principios de esta casa, y tanto tu padre como yo queremos que así siga siéndolo. Lo comprendes, ¿no?…

—¡Por supuesto! Pierde cuidado. Conoces bien cuáles son mis virtudes…

—Lo doy por sentado —replicó Valentina—. Pero las rachas de malos vientos pueden hacer torcer al árbol más recto si no se le cuida. Ya viste lo que hace muy poco ocurrió con la buena de Justina por culpa, tal vez, de alguna mala influencia *pobriña*…

—Ya…